



José Miguel Merino de Cáceres en el Hospital Tavera de Toledo en mayo de 2022.

Foto: María José Martínez Ruiz

In memoriam: José Miguel Merino de Cáceres (1942-2023)

Recorría monasterios y catedrales contando los pasos, concentrado en su caminar y guiado por una mirada inquieta. Calculaba de inmediato en pies castellanos la interrelación entre cada una de las partes del edificio. Se detenía a contemplar la huella en los sillares del instrumental empleado por los artífices del medioevo, o las heridas ocasionadas por el devenir del tiempo. Adivinaba la cantera que había provisto la fábrica y se fijaba en cada referencia heráldica. A partir de ahí, plasmaba a través del dibujo cada detalle, pues dibujar era una de sus formas de entender y admirar la arquitectura.

Titulado en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid como Arquitecto en la especialidad de Restauración de Monumentos (1969), y Doctor, *cum laude* (1985), ejerció como Arquitecto de Zona de la Dirección General de Bellas Artes (1970-1986), responsable de las provincias de Salamanca, Ávila, Valladolid y Segovia. Asimismo, representó al Ministerio de Cultura en el Comité

de Monumentos y Sitios del Consejo de Europa (1975-1986). Fue responsable de los planes directores de intervención en la Catedral de Segovia (1995-1997) –en colaboración con E. Navarro–, de la Catedral de Toledo (1998-1999) –con V. Berriochoa, P. Navascués y M. Almagro–, del Monasterio del Parral de Segovia (2013) –con V. Berriochoa y A. Ruiz–, así como del Alcázar de Segovia (2013). Abordó Programas Urgentes de Protección del Conjunto Monumental de Segovia (1972), de Cuéllar (1973), y del Barrio de El Salvador de Segovia, entorno del Acueducto (1978) –con A. García Gil–. Alcanzan más de un centenar sus intervenciones en conjuntos arquitectónicos, tanto en España como en EE. UU.; intensa trayectoria por la cual recibió sendos reconocimientos, como el Premio Europa Nostra de Restauración (1975).

Siempre buscaba el tejido histórico de cada monumento. Las bibliotecas y los archivos constituían, a su juicio, la savia que nutría la formación de un restaurador; no en vano, además de su faceta investigadora, cultivó una pasión bibliófila y coleccionista, con el ánimo de proveerse de bases sólidas sobre las cuales construir sus aportaciones. Algo que trató de inculcar a sus estudiantes de la Escuela Técnica Superior Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid, donde inició su singladura docente en 1969, como auxiliar becario de F. Chueca Goitia, y donde accedió sucesivamente a la plaza de Profesor Titular de Historia de la Arquitectura (1986), Catedrático (2010), y Catedrático Emérito (2012). Desempeñó un importante papel en el Máster Oficial de Restauración, donde ejerció como responsable del área de Teoría e Historia.

Observación, curiosidad, estudio, y pasión, esta última dosis nunca era bastante en su quehacer, la derramaba prolijamente en cada faceta de su vida, ya fuera a la hora de adentrarse en el estudio de un monumento o en el goce ante una buena mesa y un recital de tangos; como buen disfrutón, todo cuanto vivía, lo vivía intensamente. Su presencia era arrolladora y se expresaba con vehemencia allá donde estuviera. Gozaba de una alta talla intelectual, que, sumada a la amplia experiencia, le depararon una atalaya desde la cual observar cuanto ocurría a su alrededor, y desde allí lanzaba opiniones y argumentos con una firmeza extraordinaria.

Su tesis doctoral, *Arthur Byne y los monasterios extrañados: Óvila y Sacramenia* (1985), marcó su trayectoria como historiador de la arquitectura, dedicando notables esfuerzos a estudiar los efectos del “elginismo”. Dio a conocer las actividades como marchante de Arthur Byne; le puso rostro e investigó su tráfico de obras de arte desde España a EE. UU. Siguió la pista de patios, claustros, techos y diversos restos arquitectónicos vendidos y exportados, de lo cual fue dando cuenta en más de un centenar de artículos y capítulos de libros. Ilustró el papel que el magnate W. R. Hearst tuvo en aquel despojo artístico, como hizo junto con quien firma este obituario en el libro: *La destrucción del patrimonio artístico español. W. R. Hearst: “el gran acaparador”*

(2012), incluso hace escasos meses, con esta misma coautora, en: *De Fuentidueña a Manhattan. Patrimonio y diplomacia en España (1952-1961)* (2023). Se dedicó, asimismo, al estudio de la arquitectura medieval y al análisis metrológico y compositivo, véanse: *La iglesia de la Vera Cruz* (1998), *Metrolología y composición en las catedrales españolas* (2000), *El Alcázar de Segovia* (2001), *El monasterio de Santa María de Sacramenia* (2003), *Óvila, setenta y cinco años después de su exilio* (2007), *La catedral de Toledo. Obra y fábrica* (2011) –con P. Navascués y V. Berriochoa–, etc.

Su temperamento le guiaba en todo ello, el mismo que le permitía abordar diversas tareas a un tiempo, entre ellas la conservación del Alcázar de Segovia; pues aquel niño que contemplaba fascinado la fortaleza desde la casa familiar –mientras cultivaba una vocación de pintor–, acabó ejerciendo como Patrono y Maestro Mayor del Alcázar durante cincuenta años. La ciudad de Segovia debe mucho a su infatigable labor: ejerció como académico numerario de la Real Academia de San Quirce (1987) y correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1992), trabajó en la restauración de la Catedral, del Alcázar, de la Casa-Museo de Machado, de la Casa de la Química, de la Plaza Reina Victoria Eugenia, y participó en el Comité de la UNESCO responsable de la inclusión de la ciudad en la Lista de Patrimonio de la Humanidad (1985).

Es difícil hablar de Merino de Cáceres sin hacerlo también de la mujer que estuvo a su lado: Nancy Barnes, quien le auxilió como traductora y en la revisión de manuscritos; la misma que le cuidó hasta el final. Tras él queda un enorme legado, vivo en sus obras, en el recuerdo que de él conservan quienes aprendieron gracias a su magisterio y en los que tuvimos la suerte de compartir su forma apasionada de trabajar y vivir. En su horizonte complejo de devociones y escepticismos tal vez existiera un paraíso, de ser así habrá alcanzado el suyo particular. Allí estará trabajando, y tendrá organizada una tertulia, regada por buen vino y mejores viandas, feliz de encontrarse con J. M. Avrial, R. Gil de Hontañón, o J. Guas; puedo imaginarle haciéndose el encontradizo con A. Byne o W. R. Hearst, mientras canta, quien sabe si con el mismísimo Gardel: “¡Pero qué falta de respeto, qué atropello a la razón! Cualquiera es un señor, cualquiera es un ladrón...”. A fin de cuentas, siempre gozó de singular audacia, de una irreverente osadía, y de una gracia única.

María José Martínez Ruiz, 10 de octubre de 2023